Paul Strathern

Filósofos
en 90 minutos

DESCARTES



Descartes en 90 minutos es uno de los primeros en una serie de libros desenfadados y distintos que presentan la vida y la obra de los filósofos más importantes. En un relato a la vez estimulante e informativo, Paul Strathern ha entretejido en el texto las ideas principales de Descartes, de manera que son comprensibles tanto por estudiantes de filosofía como por los que no lo son. Descartes fue enviado a un internado a la edad de ocho años. Como el director del colegio era un amigo de la familia, el joven René

tenía una habitación para él solo y podía levantarse cuando quería, que era hacia el mediodía. A pesar de ello, se llevaba todos los premios. El levantarse de la cama tarde fue un hábito al que se adhirió toda su vida, incluso cuando, sorprendentemente, se alistó en el ejército. Así pensaba él.

Una introducción y un epílogo sitúan la obra de Descartes dentro del panorama de la filosofía; también se ofrece una completa lista cronológica.

Finalmente, una selección de citas de las Meditaciones y del Discurso

del Método da indicación de sus intenciones, conceptos más importantes y de su estilo.



Paul Strathern

Descartes en 90 minutos

Filósofos en 90 minutos - 05

ePub r1.0

mandius 01.11.15

Título original: *Descartes in 90 minutes*
Paul Strathern, 1998
Traducción: José A. Padilla Villate
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: mandius
ePub base r1.2



Descartes en 90 minutos

1596-1650

Introducción y antecedentes de sus ideas

Al final del siglo XVI, la filosofía estaba paralizada. Fue Descartes quien la puso de nuevo en marcha.

La filosofía había comenzado, por primera vez en la historia, en la antigua Grecia, en el siglo VI a. C., para alcanzar su época dorada dos siglos más

tarde, con la llegada de Sócrates, Platón y Aristóteles. Nada sucedió después, durante dos mil años; nada original, se entiende.

Claro está que varios filósofos se distinguieron durante ese periodo. Plotino de Alejandría refinó la filosofía de Platón en el siglo III, creando lo que se denominó neoplatonismo; san Agustín de Hipona realizó una tarea similar con el neoplatonismo, para que pudiera ser aceptado por la teología cristiana; el erudito islámico Averroes hizo algo parecido con partes de las filosofías de Aristóteles y Tomás de Aquino, convirtiéndolas en admisibles para el cristianismo. Estas cuatro

personalidades, muy dispares entre sí, hicieron avanzar el curso de la filosofía, pero ninguno de ellos produjo una filosofía propia completamente nueva. Sus trabajos fueron esencialmente exégesis, comentarios y elaboraciones de las filosofías de Platón y Aristóteles. De este modo, estos dos filósofos paganos (y sus paganas filosofías) se convirtieron en pilares de la Iglesia Cristiana; con este truco intelectual de magia se fundó la Escolástica, como se denominó a la actividad filosófica durante la Edad Media, y que, orgullosa de su falta de originalidad, pasó a ser la filosofía de la Iglesia. Nuevas ideas filosóficas sólo traían como

consecuencia la herejía, la Inquisición y la hoguera. Las ideas de Platón y Aristóteles fueron poco a poco enterradas bajo capas de comentarios cristianos teológicamente correctos, y la filosofía se fue agostando.

Casi todos los campos del esfuerzo intelectual habían alcanzado este estadio moribundo a mediados del siglo XV. La Iglesia reinaba indiscutible sobre todo el mundo medieval, aunque las primeras grietas comenzaban a aparecer en este vasto edificio de certidumbre intelectual; irónicamente, el origen principal de estas grietas fue el mismo mundo clásico que había engendrado a Platón y Aristóteles. Gran parte del

saber que se hallaba perdido u olvidado durante la Edad Media comenzó a salir a la luz, inspirando un renacer del conocimiento humano.

El Renacimiento trajo consigo un nuevo punto de vista humanístico. Fue seguido por la Reforma, que terminó con la hegemonía de la Iglesia, aunque, un siglo después de estos cambios que habían transformado Europa, la filosofía permanecía empantanada en el escolasticismo; éste llegó a su fin con Descartes, quien produjo una filosofía apta para la nueva época, filosofía que se extendió rápidamente por Europa, con el máximo honor de recibir el nombre de su fundador: cartesianismo.

Vida y obras

Descartes no hizo ni el más mínimo trabajo útil en toda su vida. En distintos periodos se define a sí mismo como soldado, matemático, pensador y caballero, pero este último apelativo es el que mejor describe su actitud ante la vida, a la vez que su nivel social. Su inclinación juvenil hacia una vida ociosa y placentera se convirtió pronto en rutina; vivía de sus ingresos

privados, se levantaba de la cama al mediodía y viajaba un poco cuando le apetecía. Y eso era todo. Nada de dramas, ni esposas, ni triunfos (ni fracasos) públicos. Y, sin embargo, Descartes es, sin duda, el filósofo más original en los quince siglos que siguen a la muerte de Aristóteles.

René Descartes nació el 31 de marzo de 1596 en la pequeña ciudad de La Haye, a unos 45 kilómetros al sur de Tours, un lugar que ha sido renombrado Descartes y en el cual se puede visitar la casa donde nació y la iglesia de San Jorge, del siglo XII, donde fue bautizado.

René era el cuarto hijo; su madre moriría de parto al año siguiente. Su

padre Joachim era juez en la Corte Superior de Bretaña, que se reunía en Rennes, a unos 200 kilómetros, de modo que Joachim estaba en casa menos de la mitad del año; se casó pronto otra vez y René fue criado en casa de su abuela, sintiendo un especial afecto por su aya, a la que guardó toda su vida la más cariñosa estima y a la que mantuvo hasta el día de su muerte.

Descartes pasó una infancia solitaria, la soledad acentuada por su naturaleza enfermiza, y aprendió rápidamente a vivir sin compañía. Se sabe que era introspectivo y reservado desde sus primeros años; un niño de semblante pálido, con cabellos espesos

y rizados y grandes ojeras, deambulando por el huerto con su chaqueta negra y sus calzones hasta la rodilla, un ancho sombrero negro en la cabeza y una larga bufanda de lana alrededor de su cuello.

A la edad de ocho años, Descartes fue enviado interno al Colegio de los Jesuitas que se había abierto recientemente en La Flèche; esta escuela estaba destinada a la educación de la pequeña nobleza local, que anteriormente pasaba de tales asuntos en favor de la caza, la cetrería y desganados sermones en el hogar. El rector del colegio era amigo de la familia Descartes, de modo que el frágil Rene tuvo una habitación para él solo y

se le permitió levantarse cuando quisiera. Como todo el que goza de tal privilegio, Descartes se levantaba al mediodía, una costumbre que conservó estrictamente el resto de su vida. Mientras los demás alumnos eran intimidados por jesuitas rencorosos y engreídos, versados fanáticamente en los intrincados rincones de la escolástica, el joven e inteligente Descartes podía dedicarse a sus estudios en una atmósfera más relajada, levantándose a tiempo para la comida y tomando lecciones de equitación, esgrima y flauta por la tarde. Cuando llegó el día de dejar la escuela, Descartes había aprendido mucho más que cualquier

condiscípulo y su salud se había recuperado completamente (salvo una persistente hipocondría que cultivó cuidadosamente durante el resto de su vida, por lo demás notablemente saludable).

A pesar de que se había llevado todos los premios, Descarte mantuvo una honda ambivalencia hacia su educación; la consideraba como una colección de disparates: rutinarias repeticiones de Aristóteles incrustadas de siglos de interpretaciones, la sofocante teología de Aquino con respuestas para todo, pero que en realidad no respondía nada, un cenagal de metafísica. Nada de lo que aprendió

parecía ofrecer ninguna certeza, aparte las matemáticas. Con una vida desprovista de certidumbres en el hogar, de familia y de contactos sociales significativos, Descartes buscaba ansiosamente la certeza en el único dominio en que se sentía a gusto: el intelecto. Dejó la escuela decepcionado, convencido de que no sabía nada, como Sócrates antes que él. Pero las matemáticas proporcionaban solamente una certeza impersonal; la única otra certeza que conocía era Dios.

Al dejar Descartes La Flèche a la edad de dieciséis años, su padre le envió a estudiar leyes en la Universidad de Poitiers. La intención de Joachim era

que René llegara a una posición respetada en la profesión, tal como lo había conseguido su hermano mayor. En aquel tiempo, tales puestos se cubrían mayoritariamente por la práctica del nepotismo, sistema que produjo aproximadamente el mismo porcentaje de jueces absurdos e inadecuados que el sistema en uso hoy en día. Pasados dos años de estudio, Descartes pensó que ya tenía bastante; por entonces había heredado de su madre unas pequeñas propiedades rurales que le proporcionaban unos ingresos modestos, pero suficientes para vivir como él quería, así que dirigió sus pasos hacia París para «proseguir con sus

pensamientos». Al juez Joachim no le hizo muy feliz esta decisión; los Descartes eran caballeros y no se esperaba de ellos que malgastaran su tiempo pensando, pero no podía hacer nada, puesto que su hijo era ya un hombre libre.

Descartes se cansó de su acomodada vida parisina de soltero al cabo de dos años, pues, a pesar de que se dedicaba a una amplia gama de estudios y a la escritura, más bien como aficionado, de unos tratados, se estaba viendo envuelto cada vez más en la vida social de la capital, lo que le parecía en extremo fastidioso; no es que esto fuera el resultado de una reflexión sobre la

sociedad parisina de moda en aquel tiempo, que le hiciera pensar que esta sociedad era más fastidiosa que las otras, sino más bien que, para Descartes, todas las vidas sociales eran igualmente aburridas. Descartes se refugió en un tranquilo rincón del Faubourg St. Germain, donde absolutamente nadie visitaba a absolutamente nadie y donde vivió recluido y dedicado a pensar en paz.

Éste había de ser su modo de vida favorito siempre; sin embargo, después de la tranquilidad de unos pocos meses, cogió de repente fas maletas. Descartes parece haber tenido dos obsesiones en delicado equilibrio: la soledad y los

viajes. No sintiéndose nunca próximo a los otros hombres, no buscaba su compañía y no habiendo conocido nunca un verdadero hogar, no deseaba crear uno propio, así que permanecería toda su vida inquieto y solitario.

Con esto, parece todavía más extraña la siguiente decisión de Descartes de alistarse en el ejército, cosa que hizo en Holanda en 1618, donde firmó como oficial sin paga en el ejército protestante del Príncipe de Orange, que se preparaba a la sazón a defender las Provincias Unidas de los Países Bajos contra los católicos españoles, deseosos de recuperar su antigua colonia. ¿Qué hicieron los

holandeses con este huraño caballero católico, sin experiencia militar, que sólo había hecho un poco de esgrima y equitación en la escuela? Es difícil de imaginar. Descartes no sabía holandés entonces e insistía en su rutina de levantarse de la cama al mediodía; quizá les pasó desapercibido, si es que se quedaba en su tienda escribiendo un tratado de música o algo parecido. (Hoy en día habría sido seguramente acusado de espía, pero parece ser que entonces los militares sopesaban correctamente la importancia de los espías y aceptaban cualquier recluta, sin importarles la nacionalidad, su lealtad, ni incluso su disposición a participar en la actividad

militar.)

Sabemos que Descartes se aburría de la vida militar; había demasiada ociosidad y disipación, según él. ¿Querrá esto decir que había oficiales que se levantaban aún más tarde que él? Si los españoles hubieran lanzado una mañana un ataque por sorpresa, se habrían encontrado con la tenaz resistencia de una cuadrilla de borrachos que se iban a la cama y con un airado oficial francés que estaba tratando de dormir y que les conminaba a desistir inmediatamente de su empeño.

Una tarde, después de su acostumbrado desayuno ligero, Descartes decidió dar un saludable

paseo por las calles de Breda y vio que estaban pegando un cartel en un muro; en el cartel, como era costumbre entonces, se exponía un problema matemático no resuelto y se desafiaba a los viandantes a que lo resolvieran. Descartes no entendía del todo las instrucciones (estaban en holandés, después de todo) y le pidió a un caballero que se encontraba a su lado que se lo tradujera. Al holandés no le impresionó particularmente el joven e ignorante oficial francés, así que le respondió que se lo traduciría sólo si el francés estaba dispuesto a hacer el esfuerzo de resolver el problema y mostrarle la solución. La tarde siguiente, el joven oficial francés

se presentó en la casa del holandés, quien, sorprendido, vio que el oficial francés no sólo había resuelto el problema, sino que además lo había hecho de manera extremadamente brillante.

El primer biógrafo de Descartes, Adrien Baillet, nos dice que así es como Descartes conoció a Isaac Beekman, el renombrado filósofo y matemático holandés. Los dos habrían de conservar una estrecha amistad y se escribieron con regularidad durante dos décadas (con un par de interrupciones breves, debidas a choques entre distintos temperamentos matemáticos). «Yo estaba dormido y usted me despertó»,

escribió Descartes a Beekman, y fue él, en efecto, quien revivió el interés de Descartes por las matemáticas y la filosofía, durmiente desde que dejó La Flèche.

Más o menos un año estuvo Descartes en el ejército holandés, después de lo cual se fue en gira turística de verano por Alemania y el Báltico; decidió probar entonces otro periodo de vida militar y viajó a la pequeña ciudad de Neuburg, al sur de Alemania, donde las tropas del Duque Maximiliano de Baviera acampaban en sus cuarteles de invierno, en el curso alto del Danubio. La vida de campaña resultó aquí tan esforzada como siempre,

tal y como describe su residencia en buen y cálido alojamiento y como persiste en su costumbre de dormir diez horas, desayunar al mediodía y emplear las horas despierto «en comunión con mis propios pensamientos».

La situación en Europa se estaba poniendo seria, aunque sea difícil deducirlo a partir de la actitud de Descartes. Los bávaros guerreaban contra Federico V, Elector Palatino y Rey protestante de Bohemia. Todo el continente se estaba deslizando rápidamente hacia un conflicto largo y desastroso, que habría de conocerse como la Guerra de los Treinta Años. Esta guerra, con sus continuos altibajos

de fortuna, que afectaba a todos los países, desde Suecia hasta Italia, proseguiría hasta prácticamente el final de la vida de Descartes, dejando áreas extensas de Europa, especialmente en Alemania, devastadas y abandonadas. Pero el efecto en Descartes de esta guerra, aun cuando estaba en el ejército, parece haber sido mínimo; no obstante, uno no puede por menos que sospechar que este persistente trasfondo de incertidumbre política, añadido a las propias incertidumbres psicológicas de Descartes, debe de algún modo haber contribuido a la profunda necesidad interior de certeza que había de caracterizar toda su filosofía.

Mientras tanto, caía el invierno bávaro y lo cubría todo de nieve honda, blanda, suave; Descartes sentía tanto frío que se puso a vivir en una estufe; esto se interpreta generalmente como una pequeña habitación calentada por una estufa, como es uso frecuente en Baviera, pero Descartes se describe a sí mismo viviendo «*dans un poêle*», lo que significa literalmente «en una estufa».

Un día que Descartes estaba sentado en su estufe tuvo una visión. No está claro qué vio exactamente, pero parece ser que esta visión contenía una imagen matemática del mundo y esto convenció a Descartes de que el funcionamiento de todo el universo podría ser descubierto

mediante 1a aplicación de una ciencia matemática universal. Esa noche, en su cama, Descartes tuvo tres sueños muy intensos. En el primero, caminando hacia la iglesia de su viejo colegio en La Flèche, se encuentra de pronto luchando contra un viento irresistible y, al volver 1a cabeza para saludar a alguien, el viento le arroja contra la pared de la iglesia; entonces, desde el me dio del patio, alguien le grita que un amigo suyo tiene un melón que desea darle. En el sueño siguiente, Descartes, sobrecogido de terror, escucha «un ruido como el estallido de un relámpago», tras lo cual la oscuridad de su habitación se colma de millones de chispas. El último

sueño es menos claro: en el transcurso del sueño, ve un diccionario y un libro de poesías sobre su escritorio; a esto siguen acontecimientos por lo general incoherentes y muy simbólicos, que siempre hacen las delicias del soñador y aburren a todos los demás. Descartes decide (en sueños) interpretar esos acontecimientos. Todo esto podía habernos proporcionado una buena visión de cómo Descartes se veía a sí mismo, pero, por desgracia, su biógrafo Baillet es bastante confuso en este punto.

Lo sucedido aquel día de invierno y la noche siguiente (11 de noviembre de 1619) habían de tener un efecto probando y duradero en Descartes.

Creía que aquella visión y los sueños subsiguientes eran una llamada divina que había de dar a Descartes la confianza en su vocación que tanto necesitaba, a la vez que la certidumbre de que sus descubrimientos, no siempre apoyados en argumentos, eran correctos. De no ser por esta experiencia, es posible que el brillante diletante no se hubiera dado cuenta nunca de su vocación. No deja de ser irónico que Descartes, el gran racionalista, encontrara su inspiración en una visión mística y en unos sueños irracionales; esta parte del pensar de Descartes se ignora por lo general en los *lycées* franceses, donde el gran héroe e

hipnófilo galo es tenido por racionalista ejemplar.

Ni que decir tiene que los sueños de Descartes han dado lugar a las más variadas explicaciones. Según el filósofo y astrónomo holandés Huygens, quien había de cartearse después con Descartes, estos sueños eran el resultado de que el cerebro de Descartes se había calentado demasiado en la estufa; otros han sugerido indigestión, exceso de trabajo, falta de sueño *(sic)*, crisis mística, o el hecho de que se había adherido recientemente a los Rosacruces. El melón, a cuya existencia entre bastidores se alude en el primer sueño, fue motivo de mucho regocijo

entre los lectores de la biografía de Descartes del siglo XVIII, pero llegó a ser asunto más serio con la llegada de la era psicoanalítica. No veo interés en detenerse en detalles melonares; baste con decir que, para un comentarista, Freud dio «una interpretación bastante arbitraria del melón».

Como consecuencia de su visión y de los sueños que la siguieron, Descartes prometió dedicar su vida a sus estudios e ir en peregrinación a dar gracias a Nuestra Señora de Loreto, en Italia, así que resulta sorprendente ver que Descartes continúa deambulando sin objetivo concreto por Europa durante cinco años más, antes de acercarse a

Loreto, y aún dos años más antes de ponerse a trabajar.

Tenemos pocos detalles precisos de la vida de Descartes en ese periodo de siete años de «vida vagabunda», como él la llama; probablemente se unió al ejército húngaro, pero la Guerra de los Treinta Años iba ahora realmente en serio y el caballero-oficial Descartes no era muy amigo de las campañas muy activas. Se sabe que, después de dejar el ejército, viajó a través de Francia, Italia, Alemania, Holanda, Dinamarca y Polonia, siempre circundando hábilmente las regiones donde miembros más dedicados de su profesión hacían la Guerra de los Treinta Años. No siempre

pudo eludir la violencia; de visita a una de las islas frisias (probablemente Schiermonnikoog), alquiló un barco para llegar a tierra firme, los marineros lo tomaron, erróneamente, por un rico mercader francés y planearon robarle; mientras Descartes observaba desde la cubierta como la línea de la playa se alejaba detrás del mar gris, los marineros conspiraban en holandés a la vez que manejaban las sogas; tramaban darle un golpe en la cabeza, tirarlo por la borda y robar el oro que estaban seguros escondía en su baúl. Por desgracia para ellos, el pasajero había adquirido nociones de holandés en sus viajes, de modo que los desafortunados

schiermonnikoogianos se encontraron frente al brioso caballero-oficial Descartes blandiendo su espada y, rápidamente, se echaron atrás.

En algún momento de este periodo, probablemente en 1623, Descartes regresó a su casa de La Haye, vendió todas sus propiedades y, con su importe, compró bonos que le producirían buenos ingresos el resto de su vida. Se podía pensar que aprovecharía el viaje para visitar a su familia, pero nada más lejos de la verdad; Descartes nunca disputó con su familia, pero mostró siempre despego hacia ella y, a pesar de sus frecuentes viajes por Europa, no se presentó a las bodas de su hermano ni de

su hermana y ni siquiera visitó a su padre en su lecho de muerte.

Hacia el final de este periodo, Descarte pasaba cada vez más largas temporadas en París, en donde se encontró con un antiguo condiscípulo de La Flèche, Marín Mersenne, que había profesado en la Iglesia. El padre Mersenne era un hombre de letras muy respetado y estaba en contacto con las mejores mentes matemáticas y filosóficas de Europa; desde su celda en París, que era algo así como la cámara de compensación de las últimas ideas en matemáticas, ciencias y filosofía, se escribía con personajes como Pascal, Fermat y Gassendi. Era ésta la amistad

que justamente convenía a Descartes y, así, se comunicó por carta con Mersenne toda su vida, enviándole manuscritos y sometiendo a la aprobación de éste sus ideas, tanto en lo referente a su validez cuanto para determinar si entraban en conflicto con las enseñanzas de la Iglesia.

Descartes pasaba la mayor parte de su tiempo encerrado en su habitación, estudiando, aunque a veces algunos amigos se presentaban para examinar ideas con él e incluso para persuadirle a asistir a alguna recepción formal. Una anécdota relata que Descartes estaba presente en la residencia del Nuncio Papal, cuando cierto médico llamado

Chandoux daba una conferencia para presentar su «nueva filosofía»; al final de la charla, Descartes procedió a destrozar esta nueva filosofía con la ayuda de razonamientos matemáticos rigurosos, a lo que Chandoux no supo replicar. (Chandoux volvió a encontrarse en una situación similar tres años más tarde, cuando tuvo que defenderse de la acusación de haber falsificado algo más tangible que ideas filosóficas, por lo que terminó en la horca.) Después de seguir atentamente los hábiles argumentos de Descartes, el Cardenal de Bérulle lo llevó aparte y le aconsejó vehementemente que dedicara su vida por entero a la filosofía.

Este consejo fue decisivo. Puede ser que las visiones y los sueños inspiraran confianza en Descartes, pero fue precisa una encrucijada racional para que se decidiera a la acción. En 1628, Descartes se retiró al norte de Francia para recluirse y dedicarse por entero a sus pensamientos, pero sus amigos seguían visitándole, así que viajó todavía más lejos para instalarse en aislamiento en Holanda, donde vivió durante dos décadas hasta el año anterior a su muerte.

Pero «instalarse» es un término relativo, en lo que respecta a Descartes; se sabe que cambió de casa al menos dieciocho veces durante los primeros

quince años de residencia en Holanda, y que hacía frecuentes viajes al extranjero cuando la rutina doméstica se le hacía insoportable. Sólo el padre Mersenne conseguía estar al día con sus señas, pero así es como se aseguraba su aislamiento.

Se achaca este constante desplazarse al amor de Descartes por la soledad, pero puede que obedezca a una inquietud más profunda; en el transcurso de los viajes, incluso al cambiar de casa, no se puede por menos que conocer personas, aunque sólo sea de forma superficial y pasajera, de modo que este movimiento interminable sugiere que la soledad de Descartes no

era del todo auto suficiente y que se sentía solo, pero le era imposible contactar con la gente salvo de la manera más trivial.

Descartes tuvo siempre criados. Parece que fue un hombre bien parecido; los retratos que tenemos de él pintan un caballero de tez pálida, con la oscura peluca suelta de la época y el mostacho caído, todo lo cual compone una figura de cierto encanto saturnino. Se dice que vestía bien, con sus calzones a la moda hasta la rodilla, sus medias negras de seda y sus zapatos con hebilla de plata; tenía la costumbre de llevar siempre un pañuelo de seda alrededor del cuello para protegerse del frío y, en la calle, un

grueso abrigo y una bufanda de lana; siempre llevaba su espada. Se dice que era sensible al menor cambio de temperatura que, según decía, afectaba a la «debilidad heredada» de su pecho, aunque esto no impidió que pasara años viajando por toda Europa, desde Italia hasta Escandinavia, ni que eligiera Holanda para vivir, un país notorio por su lluvia, niebla y hielo, donde, según un visitante francés, había «cuatro meses de invierno, seguidos de ocho meses de frío».

Sin embargo, Holanda ofrecía una gran ventaja: en el siglo XVII era la zona franca de la mente europea, donde, a diferencia con otras naciones, no había

que pagar peaje por las ideas. Los tolerantes holandeses habían prescindido de impuestos tan gravosos como la Inquisición, la herejía, el tormento y la hoguera, honores reservados a los pensadores originales en el resto de Europa. De los cuatro grandes pensadores que crearon una filosofía original en el siglo XVII, tres —Descartes, Spinoza y Locke— vivieron algún tiempo en Holanda. (El otro, Leibniz, vivía al otro lado de la frontera, en Hannover, y visitó Holanda varias veces.) En parte como secuela de esta atmósfera liberal, Holanda llegó a ser un próspero centro de la industria editorial, y fueron allí publicadas obras de

pensadores tan avanzados como Galileo y Hobbes. Las nuevas ideas florecían por aquel entonces en Holanda como en ninguna otra parte de Europa.

Descartes tenía grandes esperanzas al comienzo de este periodo productivo de su vida; de resultas de su visión en la estufa bávara había concebido una ciencia capaz de abrazar todo el conocimiento humano, que llegaría a la verdad por el uso de la razón y que era mucho más que simplemente un nuevo y revolucionario método. (La razón había desempeñado un papel secundario en la ciencia y la alquimia de la Edad Media.) Descartes había concebido un sistema que no sólo incluiría todo el

conocimiento, sino que lo unificaría y estaría libre de todos los prejuicios y suposiciones; estaría basado sólo en la certeza. Comenzaría por los principios básicos, evidentes en sí, y construiría a partir de ellos.

Descartes presentía que inmensas ventajas resultarían de su sistema y, lleno de entusiasmo, predijo que cuando este nuevo método científico se aplicara a la medicina, sería posible detener el proceso de envejecimiento. (Éste era un sueño persistente en Descartes; diez años más tarde escribiría al sabio holandés Huygens, a pesar de su lamentable estado tísico, que esperaba vivir más de cien años, aunque en la

última década de su vida rebajó algo esta estimación.)

Descartes empezó escribiendo un tratado sobre las *Reglas para la Dirección del Espíritu*, con la idea de que, para descubrir la ciencia universal, tenemos primero que adoptar un método adecuado de pensar. Este método consistía en seguir las dos reglas de operación mental siguientes: intuición y deducción. Definía la intuición como: «la concepción, sin ninguna duda, formada por la sola luz de la razón, de una mente atenta y clara», mientras que la deducción era: «la inferencia necesaria a partir de otros hechos que son conocidos como verdaderos». El

célebre método de Descartes, conocido como método cartesiano, se basa en la aplicación correcta de estas dos reglas del pensar.

Descartes se había ganado ya una gran reputación como pensador en una amplia gama de materias filosóficas y científicas. En marzo de 1629, el Papa y algunos ancianos cardenales empezaron a observar OVNIS en el cielo de Roma; al ponerse el sol se formaba un halo solar con puntos de luz brillante girando en órbitas. Se enviaron cartas a Descartes y otros sabios importantes preguntándoles su opinión sobre el fenómeno.

Descartes estaba tan intrigado que se

concentró en el asunto, dejando de lado su tarea filosófica; tenía sus sospechas sobre la causa de tales fenómenos, pero no quiso comprometerse hasta pasados varios años, cuando hubo completado todo un tratado sobre la materia. (Mientras tanto, una fuente vaticana había encontrado su propia explicación: estos fenómenos eran causados por ángeles que estaban cambiando el escenario celestial, preparándolo para el Segundo Advenimiento.) Descartes sugería que las luces en el cielo eran producidas por meteoros. Por desgracia, la ciencia moderna ha propuesto una explicación que suena aún más inverosímil que la del Vaticano; se nos

dice que estos fenómenos, llamados ahora parhelia, se producen cuando el sol brilla «a través de una nube delgada, compuesta de cristales hexagonales de hielo que caen con su eje principal en vertical». Hoy se considera que cristales que escenifican bailes en formación en la atmósfera son más probables que ángeles, y las explicaciones simples como la de Descartes son el hazmerreír de la Corte.

Entre este y otros asuntos vivía Descartes, en lo que fue una breve y posiblemente única etapa en la historia del pensamiento humano. Las nuevas explicaciones propuestas por las mejores cabezas filosóficas y científicas

de ese periodo eran en muchos casos a la vez plausibles y comprensibles, tendían a la racionalidad, sus conceptos generales eran sencillos y dejaban espacio a la contemplación de los misterios últimos. No es probable que la Humanidad experimente otra época como ésa. A partir de entonces se hizo cada vez más difícil entender la verdad, salvo en los campos, cada vez más limitados, accesibles a la comprensión. Cada vez se sabría más y más acerca de menos y menos.

Una vez establecidas las reglas para el buen funcionamiento de la mente, Descartes dirigió la mirada hacia el mundo exterior y dedicó los tres años

siguientes a escribir un *Tratado sobre el Universo*, con ideas sobre una extensísima gama de asuntos, incluyendo los meteoros, la óptica y la geometría. Con el fin de proseguir sus estudios sobre anatomía, dio en visitar los mataderos, desde donde regresaba a su casa con varios especímenes ocultos bajo su capa para diseccionarlos en privado; estos trabajos de Descartes dieron origen al estudio de la embriología. (Una leyenda dice que, en una de sus visitas al matadero, Descartes vio un joven corpulento que estaba dibujando el cadáver desollado de un buey y que respondió a la pregunta de por qué había escogido tal modelo,

«Vuestra filosofía nos quita el alma, yo la devuelvo en mis pinturas, hasta a los animales muertos». Se dice que el joven artista era Rembrandt.)

Después de tres años de intenso trabajo, Descartes tenía listo el manuscrito de su *Tratado sobre el Universo* para enviárselo al padre Mersenne antes de publicarlo en París, cuando una noticia de Roma cayó como un rayo: Galileo había sido acusado de herejía y obligado a jurar que «rechazaba, maldecía y detestaba» sus obras científicas, en particular su creencia en la teoría de Copérnico de que la tierra giraba alrededor del sol. Descartes pidió inmediatamente a su

amigo Beekman una copia de la obra de Galileo y encontró, consternado, que muchas de las conclusiones alcanzadas por Galileo eran las mismas que las suyas propias. Sin decir una palabra a nadie, Descartes puso a un lado su *Tratado sobre el Universo* para concentrar sus pensamientos en asuntos menos problemáticos. (Esta obra no fue publicada sino después de la muerte de Descartes, e incluso entonces incompleta.)

La vida de Descartes estuvo siempre dividida por dicotomías: ansiaba la paz y la soledad, pero su retraimiento le empujaba a viajar de manera obsesiva; como atrevido pensador original se

comprometía a «seguir mis pensamientos hasta donde me quieran conducir», pero como hombre juró «obedecer las leyes de mi país, adherirme a la religión de mis mayores y seguir el ejemplo de los hombres más sabios que conozca»; estaba convencido de que lo que había escrito en su *Tratado sobre el Universo* era correcto, pero también creía firmemente en el Dios de la Iglesia. Descartes fue acusado de cobardía, de ser en secreto ateo y de ni siquiera conocerse a sí mismo a pesar de todas sus meditaciones introspectivas, pero ninguna de estas acusaciones se sostiene. Puede que Descartes no

estuviera hecho de la pasta de los mártires, pero eso no le convierte en un cobarde; estaba convencido de que la Iglesia podía todavía acercarse a su punto de vista sin tener que desprenderse de sus dogmas escolásticos y, en cuanto a la tercera crítica, su conocimiento de sí mismo era más profundo que el de cualquier filósofo desde Sócrates, aunque contuviera algunas zonas oscuras.

Sin embargo, la mayor dicotomía que perseguía a Descartes estaba en su misma filosofía, en cuanto que veía al mundo como consistente en dos tipos de sustancias: la mente y la materia. La mente era inextensa e indivisible

mientras que la materia era extensa, divisible y obedecía las leyes de la física, todo lo cual significaba que nuestra mente incorpórea estaba alojada en un cuerpo mecánico. Pero ¿cómo podía la mente, sin extensión, obrar recíprocamente con un cuerpo que sólo obedecía las leyes mecanicistas de la ciencia? Descartes no resolvió nunca satisfactoriamente este problema, que tan extraordinariamente refleja las dicotomías psicológicas que le acosaban en su vida cotidiana, aunque, como siempre, trató de encontrar una respuesta. Según Descartes, la mente y el cuerpo actúan recíprocamente en la glándula pineal (un órgano escondido en

la base del cerebro y cuya función específica es todavía desconocida) pero, desafortunadamente, Descartes se equivocaba: la cuestión no es tanto dónde actúan, sino cómo.

Un extraño acontecimiento se produce en la vida de Descartes en este momento y es que tiene una relación amorosa con una muchacha, de nombre Hélène, quizá una de sus criadas, con el resultado de una hija, a la que llama Francine. A partir del nacimiento de Francine, Hélène vive con su hija en una casa vecina, aunque le visita con regularidad. Ante la presencia de extraños, Descartes hace pasar a Francine como sobrina suya.

Es difícil saber con sólo estos datos qué clase de relación tuvo con Hélène, pero se pueden hacer conjeturas. Pobre Hélène. ¿Qué pudo hacer con este pez frío de clase alta? ¿Qué veía en esos ojos abstractos suyos, ojerosos?… Puede ser que Hélène no consiguiera penetrar en Descartes, pero Francine sí; cuando inocentemente se le acercaba, él era muy sensible a sus muestras de afecto. (No es tanto que él hubiera sido rechazado en su infancia, sino que no había allí nadie cerca, salvo la vieja niñera, con su mansa devoción). Descartes amó mucho a su hija, aunque la hiciera pasar por sobrina. Fue ésta una experiencia única en la vida de

Descartes.

Descartes escribía entonces la que hoy es considerada como su obra más original, su *Discurso del Método*. Irónicamente, el cuerpo principal de este libro consiste en las partes más seguras de su *Tratado sobre el Universo*, con ideas que habían de cambiar la faz de las matemáticas y producir varios adelantos revolucionarios en la ciencia; puso en él los cimientos de la moderna geometría analítica e introdujo las coordenadas, llamadas más tarde Coordenadas Cartesianas por Leibniz; propuso la Ley de Difracción en óptica, presentó una explicación del arco iris e hizo un intento de esclarecer el tiempo

meteorológico con una teoría científica racional (que, como las modernas teorías, es a la postre derrotada por la irracionalidad última de este fenómeno).

Con mucho, la mejor parte del *Discurso del Método* es su relativamente breve introducción, donde se bosquejan las ideas esenciales de su pensamientos, ideas que habían de cambiar el curso de la filosofía y que Descartes expone de manera comprensible y de fácil lectura, separándose en esto aún mas revolucionariamente de la tradición.

¿Cómo se pueden transmitir visiones profundamente originales en filosofía con la claridad suficiente para que

cualquiera sea capaz de entenderlas? Este problema no nos ha superado sólo a usted y a mí, sino a la mayoría de los grandes filósofos. Platón lo resolvió poniendo su filosofía en la forma de conversaciones en banquetes; Nietzsche pensó que lo conseguía escribiendo la prosa más brillante, sutil y poderosa que jamás se haya redactado en alemán, aunque su megalomanía se volvió al final sólo manía; Wittgenstein intentó circundar el problema escribiendo brillantes notas de dos líneas, respetando así el tiempo de atención usual en la era de la televisión, con lo que no le quedaba espacio para los argumentos filosóficos. Descartes logró

superar este problema con el método más sencillo y obvio de todos y es que describe, en clara prosa autobiográfica, cómo va pensando y qué pensamientos se le ocurren en el proceso, de tal manera que, cuando se lee a Descartes se puede imaginar cómo actúa una gran mente que piensa una filosofía original, y esto lo describe tan engañosamente bien que uno piensa que es muy fácil, que no es diferente de la forma como uno piensa; un paso racional tras otro, se le sigue hasta su conclusión.

Descartes comienza por retrotraemos a la Baviera cubierta de nieve en el momento de su visión. «Vino el invierno y yo me encontraba en un

lugar sin ninguna sociedad interesante. En ese tiempo no estaba yo perturbado por cuidados o pasiones, así que me propuse pasar el día en la estufa, donde podía estar a solas con mis pensamientos». En una prosa sorprendentemente fría sigue y describe cómo nos es posible, por medio de una duda persistente y decidida, destruir nuestra fe en todo lo que compone el mundo que nos rodea. Nada permanece seguro. Todo el universo, nuestra misma individualidad, hasta nuestra propia existencia, podrían no ser sino un sueño. No tenemos manera de conocer nada con certeza. Salvo una cosa. Por muy engañado que yo esté en mis ideas

acerca de mí mismo y del mundo, hay una cosa que es innegable: Estoy pensando. Esto por sí solo prueba mi existencia. En la frase más famosa de la filosofía, Descartes concluye: «*Cogito ergo sum*». (Pienso, luego existo.)

Una vez establecida su única y última certeza, Descartes procede a reconstruir sobre esta base todo aquello de lo que había dudado: el mundo, las verdades de las matemáticas, el nevado invierno de Baviera, todo regresa con fría certeza, castigado por el destierro en la tierra de nunca jamás de la duda, pero más indudable que nunca, fundado como está ahora sobre base indudable.

Descartes, en un gesto típicamente

suyo, decidió publicar su obra anónimamente, no obstante haber tenido el coraje de dudar de todo el universo; la publicó en francés esperando así alcanzar una mayor audiencia. Quería evitar controversias con la Iglesia atrayendo a gentes interesadas en las nuevas ciencias y casi resultó bien. Casi, porque muchos reconocieron enseguida al autor del *Discurso del Método*, estando como estaban sobre todo interesados en las teorías matemáticas y científicas. Los matemáticos se quedaron fascinados al principio, furiosos después.

Para la mayoría de nosotros es cosa segura que las matemáticas son o bien

correctas o incorrectas, pero tan ingenua noción nos descalifica inmediatamente en el reino de los verdaderos matemáticos; aquí, al nivel de los genios, la objetividad pueril de verdadero o falso cede ante el talante combativo producto de la mejor información. La agresividad crece (en progresión geométrica) cuanto más cerca se está de lo incontrovertible; tan pronto como leyeron las nuevas teorías matemáticas de Descartes, y reconocieron su profunda originalidad, todos los grandes matemáticos de la época dirigieron sus armas contra él. Gassendi, Pascal, Insen, Fermat… uno a uno fueron entrando en el combate.

Tales controversias están más allá de la comprensión de los simples mortales, pero los que no piensen así quizá encuentren instructiva la vieja historia del Último Teorema de Fermat, que establece que para ningún valor de n entero mayor de dos se satisface la expresión siguiente:

$$x^n + y^n = z^n$$

Poco antes de morir, Fermat anotó al lado de la fórmula: «He descubierto una prueba verdaderamente notable, pero no hay espacio aquí para escribirla». Nadie ha conseguido probar la verdad o falsedad del Último Teorema de Fermat,

a pesar de numerosos intentos de las mejores mentes matemáticas de los tres últimos siglos. Unos dicen que no puede ser verdad, otros que sí debe ser, otros que Fermat fanfarroneaba y otros, incluso, que ni siquiera trató de demostrarlo… Las matemáticas comienzan en la certeza, y terminan así, mientras que la filosofía comienza y termina así. Cuando se dice de alguien que tiene una actitud filosófica, lo más seguro es que no sea un filósofo y esto es algo que descubrió pronto Descartes. Después de los matemáticos, entraron los filósofos en la batalla, de manera que pronto se encontró Descartes en aguas turbulentas con la Iglesia. Si se

puede dudar de todo menos del hecho de que se está pensando, ¿dónde queda Dios? Descartes tuvo suerte con que la turbulencia no fuera a mayores pues, por fortuna, sus amigos acudieron a ayudarle y, por mayor fortuna aún, Descartes vivía en Holanda.

O más bien, de mudanzas por Holanda. En 1638, por decimoquinta vez desde que se instaló en las Provincias Unidas de los Países Bajos, Descartes se mudó otra vez de casa, esta vez a Amersfoot, a las afueras de la vieja ciudad universitaria de Utrecht. Por entonces, su hija Francine contaba cinco años de edad y él planeaba enviarla a Francia para hacer de ella «una señorita

fina», cuando, de repente, Francine cayó enferma y murió; éste fue el golpe más amargo que sufrió en toda su vida y, según su biógrafo Baillet, «lloró por su niña con tal ternura que parecía que el dolor del momento podía apagar todo pensamiento de eternidad».

Esta tragedia ocurrió cuando Descartes estaba poniendo los toques finales a sus *Meditaciones*, que es considerada generalmente como su obra maestra y que, aunque no es de entrada tan atractiva como el *Discurso del Método*, está adornada de la misma gracia en el estilo y es un modelo de la expresión en francés del pensamiento abstracto. (Descartes afirmaba

galantemente que la había escrito con el fin de que las ideas abstractas resultaran estimulantes a las mujeres.) Esta vez tomó Descartes la precaución de enviar el manuscrito al padre Mersenne a París y de pedirle que lo difundiera para sopesar «la opinión de los sabios»; quería contar con la aprobación por parte de las sabios y de los jesuitas de su nuevo tratado filosófico, que era una elaboración de las ideas presentadas en el *Discurso del Método* pero que proponía un programa de dudas aún más exhaustivo. Imagina que todo el universo, desde las verdades de la geometría hasta la bata de invierno que lleva puesta sentado frente al fuego,

puede ser obra de un demonio invisible que intenta engañarle. (Los psicólogos creen ver identificado el anti-héroe de esta fantasía, que no es otro que el juez Joachim Descartes.) Una vez más, el trabajoso camino de dudas de la mente de Descartes llega a la misma piececita básica indisputable y sobre ese evidente principio de certeza última reconstruye otra vez el universo; llega hasta probar la existencia de Dios —con argumentos usados antes por san Anselmo y Tomás de Aquino más de cuatro siglos antes— seguramente con la idea de agradar a la Iglesia.

El proceso de duda cartesiana no era original eh sentido estricto, pero en su

tiempo se consideró que sí lo era; las dudas y conclusiones de san Agustín de doce siglos antes no eran centrales en su pensamiento y habían sido totalmente ignoradas. Más próximo de Descartes en el tiempo, curiosamente, el filósofo portugués Francisco Sánchez había propuesto casi el mismo programa de duda total en su sorprendente tratado *Quod nihil scitur* (Que no se sabe nada), publicado en 1581. Este tratado no atrajo mucha atención, por fortuna para Sánchez, pues pudo haber terminado sus días como un gran mártir filosófico a los treinta y un años en lugar de morir en confortable oscuridad en Toulouse a la madura edad de setenta y

tres.

Descartes no ambicionaba el martirio y, por otra parte, si bien tenía muchas cualidades que le habrían hecho pasar desapercibido (ya sólo su pereza le habría bastado, de ser otras las circunstancias) tampoco tenía ambiciones en esa dirección. Descartes quería simplemente ser oído y aceptado; estaba totalmente convencido de tener razón, pero deseaba que también la Iglesia lo estuviera. Por consiguiente, el padre Mersenne, siguiendo instrucciones de Descartes, envió el manuscrito de las *Meditaciones* a luminarias de la escena intelectual europea tales como Gassendi, Hobbes y Arnauld, y estos contestaron,

presentando sus objeciones a las teorías de Descartes, quien, a pesar de su irritación inicial, publicó las *Meditaciones* completas, junto con las objeciones y las réplicas suyas a éstas.

Era inevitable que la publicación de las *Meditaciones* de Descartes irritara todavía más a algunos otros; los jesuitas se dieron cuenta, correctamente, de que la duda cartesiana y el *Cogito ergo sum* significaban el fin de la filosofía escolástica y de Tomás de Aquino, pero, lo que era aún peor, esta vez la controversia se desbordó y llegó hasta Holanda, donde el rector de la Universidad de Utrecht acusó a Descartes de ateísmo y, astutamente,

comparó a Descartes con Vanini, que había sido acusado de proponer pruebas intencionadamente débiles e ineficaces de la existencia de Dios. (Vanini había sido quemado en la hoguera, en Toulouse, en 1619, quizá con la presencia al borde de la muchedumbre de un oscuro y viejo profesor portugués musitando para sí, «Dios misericordioso…»). Al ataque del rector de la Universidad de Utrecht siguieron otros más dañinos de importantes nombres holandeses acusándole de herejía, que en aquellos tiempos, más que el ateísmo, era un asunto realmente serio. Por fortuna, el embajador francés intervino en ayuda de

Descartes, de manera que todo se diluyó, aunque, durante algún tiempo, el nombre y la obra de Descartes no pudieron ser mencionados, ni favorable ni desfavorablemente, dentro de la Universidad de Utrecht, si bien esta prohibición fue levantada cuando el departamento de matemáticas se quejó de que no podían hacer nada en geometría.

Descartes era ya famoso en toda Europa y no sólo en el mundo intelectual, sino que era leído hasta por la realeza. La joven reina Cristina de Suecia se impresionó tanto al leer uno de sus libros que decidió invitarle a la Corte; Descartes tenía que ir a Esto

colmo para enseñarle filosofía. Para entonces los largos años de levantarse tarde y de meditaciones de caballero habían comenzado a surtir efecto en Descartes, que no se había mudado de casa en cuatro años, a pesar de que sólo contaba cincuenta y tres; estaba instalado en una pequeña propiedad en Egmond-Binnen, cerca del mar, a unos treinta kilómetros de Amsterdam, donde meditaba sentado en un estudio octogonal que daba a un hermoso jardín. De vez en cuando, viajaba a París para discutir sus ideas con los adversarios amistosos de siempre, Gassendi, Pascal, Hobbes y Arnauld.

La idea de un largo viaje al norte, a

«tierra de osos, entre hielo y rocas» (como él llamaba a Suecia), no le resultaba apetecible, pero la reina Cristina era una mujer terca y decidida, que ya a los treinta y tres años había impreso su marca en el reino. De sólo un metro cincuenta de estatura, se entrenaba como un soldado y era de anchas espaldas; se dice que era capaz de galopar durante diez horas seguidas sin cansarse (uno se pregunta cómo se sentiría el caballo); cuando ascendió al trono se propuso convertir la capital; la acuática Venecia del Norte, en el París intelectual nórdico, pero, a pesar de sus denodados esfuerzos, seguía siendo la indiscutible Estocolmo del Norte, de

manera que Descartes era su gran oportunidad y no estaba dispuesta a soltarle, así que, para reforzar su invitación, envió un almirante y un buque de guerra para recogerle; Descartes puso reparos, si bien de la manera más galante, y entregó al almirante una aduladora carta donde decía que «Su Majestad fue creada a la imagen de Dios en mayor medida que el resto de la humanidad», pero rogaba que le excusara de «gozarse en los rayos solares de su gloriosa presencia».

Cristina pataleó, la Corte tuvo un mal día, galopó en su caballo durante horas, y despachó otro barco de su flota a Holanda. Descartes, que había vencido

a las más brillantes mentes de Europa en argumentación intelectual, hubo de rendirse finalmente y se embarcó hacia Estocolmo en octubre de 1649, donde la reina Cristina le hizo una ceremonia de bienvenida de cinco estrellas; siguieron dos audiencias con Su Majestad, que no parecía haber absorbido mucha filosofía con el estudio de sus obras y que enseguida decidió qué asuntos más importantes requerían su atención. Descartes se quedó esperando con impaciencia durante seis semanas, mientras se iba instalando el duro invierno sueco, que iba a ser el peor en sesenta años: la ciudad helada durante seis meses, tinieblas al mediodía y, a las

afueras, los lobos aullando al viento gélido, bajo la Aurora Boreal.

Preocupada por que se desperdiciara tan gran cabeza en su capital, Cristina encargó a Descartes un trabajo totalmente nuevo para él, de modo que el filósofo, de mala gana, se puso a componer versos a los que se pondría música para un ballet denominado «El Nacimiento de la Paz», que Cristina quería se representara en su cumpleaños; Descartes ha debido ser muy bueno en eso de los musicales, porque tan pronto como terminó éste, se le pidió que escribiera una comedia musical acerca de dos príncipes que creían ser pastores. (Por desgracia, no

he podido encontrar ninguna referencia en las obras completas de Descartes, sólo su malhumorado comentario: «los pensamientos se hielan aquí durante los meses de invierno».)

Cristina decidió a mediados de enero que ya era tiempo de comenzar con sus lecciones de filosofía, así que Descartes fue debidamente convocado e informado de que la Reina tomaría tres lecciones a la semana, todas a las cinco de la mañana.

Descartes no se había levantado de la cama nunca antes de las once. La conmoción de levantarse a las cuatro, en el punto culminante del invierno escandinavo, atendiendo a su aseo con

cuidado francés durante la Hora del Lobo, todo ello seguido de una rápido y agitado viaje en trineo sobre las calles heladas, a través de penetrantes ráfagas árticas… No se puede ni siquiera tratar de imaginar cómo se sentiría Descartes. En dos semanas cogió un resfriado, que pronto degeneró en neumonía; una semana después estaba delirando y murió el 11 de febrero de 1650. Uno de los más grandes intelectuales de Europa había sido sacrificado a los antojos de la realeza. Como católico en la protestante Suecia, este hombre profundamente religioso no podía ser enterrado en sagrado, así que fue inhumado en el cementerio destinado a

los niños sin bautizar.

Trece años después de su muerte, la Iglesia Católica honró la memoria de Descartes poniendo todas sus obras en el índice de Libros Prohibidos (asegurando así que se le seguiría leyendo durante años). Los restos de Descartes fueron trasladados para ser reenterrados en París a finales del siglo XVII. Durante la Revolución, alguien propuso que fueran exhumados de nuevo y colocados en el Panteón, junto con otros ilustres pensadores franceses, pero en la Asamblea Nacional sus miembros se dividieron, curiosamente, según consideraciones científicas. A los que preferían la visión

cartesiana mecanicista del universo se oponían los que apoyaban la nueva teoría newtoniana de la gravedad. Descartes había propuesto la Teoría de los Vórtices para explicar el funcionamiento del universo, según la cual, el movimiento de una partícula afectaba a todas las partículas del universo, a través de una serie de vórtices entrelazados que abarcaban todo, desde el sistema solar y las estrellas hasta la partícula más pequeña. (Esto habría dado por resultado un sistema de una complejidad diabólica, que sólo una mente matemática era capaz de concebir; pero apunta a un asunto de interés en la evolución del

pensamiento. La teoría de Descartes tiene un cierto parecido tanto con la doble hélice del ADN como con la Teoría de las Supercuerdas de las partículas elementales. Además, en su larga búsqueda de una fuerza capaz de actuar entre mente y cuerpo, Descartes pensó en algo similar a las ondas de radio o la electricidad. Esto, según el pensador moderno Jean de Mandeville, apunta a la posibilidad de que el entendimiento humano evoluciona a lo largo de ciertas líneas conceptuales, independientemente de cual sea su objeto.)

Al llegar a votar en la Asamblea Nacional francesa, los newtonianos

juntaron apoyo suficiente para derrotar a los cartesianos. La Gravedad había ganado. Descartes tenía que ser enterrado en otro sitio.

Antes, la verdad era dominio de la teología, ahora había entrado en el reino de la democracia. Descartes no encajaba en ninguno de los dos. Muy adecuadamente, está ahora enterrado en la Iglesia de St. Germain des Prés, en el corazón del Barrio Latino de París, donde su tradición del pensar dubitativo y de levantarse de la cama al mediodía se mantiene firme hasta el día de hoy.

Epílogo

Antes de Descartes la filosofía había caído en un profundo sueño y es así que la edad moderna de la filosofía comienza con Descartes. A partir de ese momento, la primacía del individuo y el análisis de la conciencia del hombre pasaron a ser fundamentales para la filosofía, y este hecho ha permanecido así, en una u otra forma, hasta tiempos relativamente recientes, con la llegada

del análisis lógico, para el que la primacía del individuo y el análisis de la conciencia han sido reemplazados por la primacía del diccionario y el análisis de su contenido. La filosofía está otra vez a la espera de un Descartes que la despierte.

Citas clave[*]

Hace ya algún tiempo que advertí que, desde mi más temprana edad, había admitido como verdaderas muchas opiniones falsas, y que lo que he cimentado después sobre principios tan poco seguros no podía ser sino dudoso e incierto; de manera que era preciso tratar, de un vez para siempre, de deshacerme de todas las opiniones que había aceptado hasta entonces y

recomenzar a fundarlas, si quería establecer recomenzar a fundarlas, si quería establecer algo firme y constante en las ciencias.

Meditaciones, I: párrafo inicial.

Y así como una multitud de leyes sirve a menudo de excusa a los vicios, de manera que un Estado está mejor gobernado cuando tiene pocas, pero estrictamente observadas, así también, en lugar del gran número de preceptos que componen la lógica, creí que me bastarían los cuatro siguientes, siempre que tomara la resolución firme y constante de no faltar ni una sola vez a

su observancia.

La primera era no aceptar nada por verdadero a menos que lo conociera con evidencia; esto es, evitar cuidadosamente las conclusiones precipitadas y los prejuicios, y no incluir nada en mis juicios más que lo que se presentara tan clara y distintamente a mi mente que no hubiera posibilidad de ponerlo en duda.

La segunda, dividir cada una de las dificultades que examinaba en tantas partes como pudiera y en cuantas fueran necesarias para resolverlas bien.

La tercera, conducir ordenadamente mis pensamientos, comenzando por los más simples y más fáciles de conocer, y

subir poco a poco, como por grados, hasta el conocimiento de los más complejos; y suponiendo un orden, incluso entre aquellos que no preceden naturalmente unos a otros.

Y por último, hacer siempre recuentos tan completos, y revisiones tan generales, que pudiera estar seguro de no omitir nada.

Discurso del Método, parte II

Esas largas cadenas de razones, simples y fáciles, que los geómetras usan para llegar a sus más difíciles demostraciones, me habían dado pie a imaginar que todas las cosas que pueden

conocer los hombres se siguen unas de otras de la misma manera y que, siempre que uno se abstenga de dar por verdadera alguna que no lo sea, y que se guarde siempre el orden preciso para deducir unas de otras, no puede haber ninguna tan alejada que al final no se alcance, ni tan escondida que no se descubra. Y no tuve mucha dificultad en buscar por cuales era necesario comenzar, puesto que ya sabía que sería por las más simples y fáciles de conocer.

Discurso del Método, parte II

Puesto que entonces deseaba

dedicarme solamente a la búsqueda de la verdad, pensé que era necesario […] rechazar como absolutamente falso todo aquello sobre lo que pudiera tener la menor duda, a fin de ver si, después de esto, quedaba algo que fuera completamente indudable. Así, a causa de que nuestros sentidos nos engañan a veces, quise suponer que no había nada que fuera tal como ellos nos lo hacen imaginar. Y, puesto que hay hombres que se equivocan al razonar, y hacen paralogismos, aun con los temas más sencillos de la geometría, juzgando que yo estaba sujeto a errar tanto como cualquier otro, rechacé como falsas todas las razones que antes había

tomado por demostraciones. Y en fin, considerando que todos los pensamientos que tenemos despiertos nos pueden sobrevenir también cuando dormimos, sin que ninguno sea verdadero, resolví fingir que todas las cosas que habían entrado en mi mente no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños. Pero enseguida me di cuenta de que, mientras pretendía pensar que todo era falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuera algo. Y observando que esta verdad: *Pienso, luego existo*, era tan firme y segura que ni las más extravagantes suposiciones de los escépticos la podrían debilitar, pensé que podía aceptarla sin reservas

como el primer principio filosófico que buscaba.

Discurso del Método, parte IV

Hay una gran diferencia entre la mente y el cuerpo, en cuanto que el cuerpo, por su naturaleza, es siempre divisible, mientras que la mente es enteramente indivisible. Pues, en efecto, cuando considero mi mente, es decir a mí mismo en tanto que soy solamente una cosa que piensa, no puedo distinguir parte alguna sino que me concibo como una cosa sola y entera. Y, aunque toda la mente parece estar unida a todo el cuerpo, si se da el caso que un pie, un

brazo o cualquier otra parte sean separadas de mi cuerpo, es cierto que nada habrá sido cortado de mi mente. Y las facultades de querer, sentir, concebir, etc., no pueden llamarse partes: pues la misma mente se emplea, toda entera a querer, a sentir, a concebir, etc. Mas todo lo contrario pasa con las cosas corporales o extensas, pues no hay una sola que yo no pueda cortar en piezas en mi pensamiento y que yo no sepa, en consecuencia, que es divisible.

Meditaciones, VI

El sentido común es la cosa mejor repartida del mundo; pues todos se

consideran tan bien provistos de él que hasta los más difíciles de contentar en otras cosas no desean más sentido común del que tienen. De manera que no es verosímil que todos se engañen; esto muestra más bien que la capacidad de juzgar y de distinguir lo verdadero de lo falso, que es lo que propiamente llamamos sentido común o razón, es por naturaleza igual en todos los hombres. Así, la diversidad de nuestras opiniones no viene de que unos sean más razonables que otros, sino solamente de que conducimos nuestros pensamientos por vías distintas y de que no consideramos las mismas cosas. Pues no es suficiente tener un buen espíritu, sino

que lo principal es aplicarlo bien. Las almas más grandes son capaces tanto de los mayores vicios como de las mayores virtudes, y aquellos que caminan lentamente pueden avanzar mucho más, si siguen el camino recto, que los que corren y se alejan de él.

Discurso del Método, parte I

Cronología de fechas filosóficas importantes

Siglo VI a. C.	Comienzos de la filosofía occidental con Tales de Mileto.
Final siglo VI a. C.	Muerte de Pitágoras.

399 a. C.	Sócrates es condenado a muerte en Atenas.
c. 387 a. C.	Platón funda en Atenas la Academia, la primera universidad.
335 a. C.	Aristóteles funda en Atenas el Liceo, escuela rival de la Academia.
324 d. C.	El emperador Constantino traslada a Bizancio la capital del Imperio romano.
400 d. C.	San Agustín escribe sus *Confesiones*. La teología cristiana incorpora la filosofía.
410 d.	Los visigodos saquean Roma.

C.	
529 d. C.	El cierre de la Academia de Atenas por el emperador Justiniano marca el final de la era Greco-Romana y el comienzo de la Edad Media.
Mitad del siglo XIII	Tomás de Aquino escribe sus comentarios a Aristóteles. Época de la escolástica.
1453	Caída de Bizancio ante los turcos. Fin del Imperio bizantino.
1492	Colón descubre América. Renacimiento en Florencia. Revive el interés por la

sabiduría griega.

1543 Copérnico publica *De revolutionibus orbium caelestium (Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes),* donde prueba matemáticamente que la tierra gira alrededor del sol.

1633 Galileo es obligado por la Iglesia a retractarse de la teoría heliocéntrica del universo.

1641 Descartes publica sus *Meditaciones*, inicio de la filosofía moderna.

1677 La muerte de Spinoza hace

posible la publicación de su *Ética*.

1687 Newton publica *Principia* e introduce el concepto de gravedad.

1689 Locke publica su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Comienzo del empirismo.

1710 Berkeley publica *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*, conquistando nuevos campos para el empirismo.

1716 Muerte de Leibniz.

1739-1740 Hume publica el *Tratado de la naturaleza humana* y lleva el empirismo a sus límites lógicos.

1781 Kant, despertado de su «sueño dogmático» por Hume, publica la *Crítica de la razón pura*. Empieza la gran época de la metafísica alemana.

1807 Hegel publica la *Fenomenología del Espíritu*: punto culminante de la metafísica alemana.

1818 Schopenhauer publica *El mundo como voluntad y representación*, introduciendo

la filosofía hindú en la metafísica alemana.

1889 Nietzsche, que había declarado «Dios ha muerto», sucumbe a la locura en Turín.

1921 Wittgenstein publica el *Tractatus Logico-Philosophicus*, proclamando la «solución final» a los problemas de la filosofía.

1920-1929 El Círculo de Viena propugna el positivismo lógico.

1927 Heidegger publica *Sein und Zeit (Ser y tiempo),* anunciando la brecha entre las filosofías analítica y

continental.

1943 Sartre publica *L'être et le néant (El ser y la nada),* adelantando el pensamiento de Heidegger y dando un nuevo impulso al existencialismo.

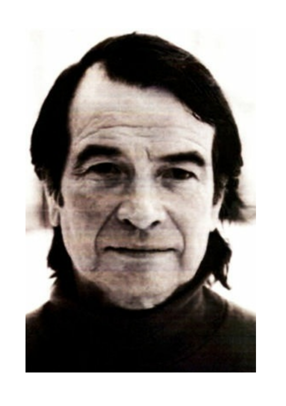
1953 Publicación póstuma de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein. Esplendor del análisis lingüístico.

Paul Strathern, escritor y académico, es uno de los más conocidos divulgadores del panorama editorial internacional. Autor tanto de novelas, biografías y libros de viajes, como de ensayos de divulgación, ha enseñado, como profesor universitario, matemáticas, filosofía y poesía moderna italiana.

Colección de «Filósofos en 90 minutos»

1. Aristóteles en 90 minutos
2. Berkeley en 90 minutos
3. Confucio en 90 minutos
4. Derrida en 90 minutos
5. Descartes en 90 minutos
6. Foucault en 90 minutos
7. Hegel en 90 minutos
8. Hume en 90 minutos
9. Kant en 90 minutos
10. Kierkegaard en 90 minutos
11. Leibniz en 90 minutos
12. Locke en 90 minutos
13. Maquiavelo en 90 minutos
14. Marx en 90 minutos
15. Nietzsche en 90 minutos
16. Platón en 90 minutos

17. Russell en 90 minutos
18. San Agustín en 90 minutos
19. Sartre en 90 minutos
20. Schopenhauer en 90 minutos
21. Sócrates en 90 minutos
22. Spinoza en 90 minutos
23. Tomás de Aquino en 90 minutos
24. Wittgenstein en 90 minutos



PAUL STRATHERN, (nacido en 1940) es un escritor británico y académico. Nació en Londres y estudió en el Trinity College de Dublín, tras lo cual sirvió en la Marina Mercante durante un período de dos años. Después vivió en una isla

griega. En 1966 viajó por tierra a la India y los Himalayas. Su novela *Una temporada en Abisinia* ganó un premio Somerset Maugham en 1972.

Además de cinco novelas, también ha escrito numerosos libros sobre la ciencia, la filosofía, la historia, la literatura, la medicina y la economía. Es el autor de dos exitosas series de libros introductorios breves: *Filósofos en 90 Minutos* y *Los científicos y sus descubrimientos*. Su libro sobre la historia de la química, titulado *El sueño de Mendeléiev* (2001) fue preseleccionado para el Premio Aventis, y sus obras han sido traducidas a más de

dos docenas de idiomas. Es el autor de los *best-sellers Los Medici: Padrinos del Renacimiento, Napoleón en Egipto*, y *El artista, el filósofo y el guerrero: Leonardo, Maquiavelo y Borgia - Una colusión fatídica*. Su más reciente trabajo *El espíritu de Venecia: de Marco Polo a Casanova* salió en mayo de 2012.

Strathern fue profesor en la Universidad de Kingston, donde fue profesor de filosofía y de ciencia. Vive en Londres, y tiene tres nietos que viven en Viena: Tristán, Julián y Opajoke.

Notas

[*] Las citas que siguen han sido traducidas al español directamente de la edición francesa de la *Bibliothèque de la Pléiade [N. del T.]*. <<